

Ignacio Bolívar

un hombre
esencial para la
ciencia
española*



Ignacio Bolívar. Sig.ACN008/001/14904.Archivo MNCN



Carmen
Martínez

*Proyecto de investigación "El Museo Nacional de Ciencias Naturales entre 1939 y 1985: de la disgregación a la reunificación en su contexto nacional e internacional" [ref. HAR 2016-76125-P].



Ignacio Bolívar Urrutia no solo fue un biólogo de fama internacional en el ámbito de la entomología, sino un decidido impulsor de la investigación científica y la renovación pedagógica. También demostró ser un gestor capaz y resolutivo, muy influyente en la política científica de su tiempo. Bajo su dirección, el Museo de Ciencias Naturales recuperó el esplendor que había tenido en sus inicios. Su prestigio fue equivalente al de Santiago Ramón y Cajal. De algún modo, su vida condensa la historia de una época convulsa y difícil, pero también esperanzadora.

Había nacido en Madrid el 9 de noviembre de 1850. Desde niño le fascinó la naturaleza y gustaba de salir al campo en busca de plantas, insectos y minerales. Cuando tuvo que elegir carrera, obviamente, escogió Ciencias Naturales, lo que sus padres no veían con tan buenos ojos, por lo que hubo de matricularse también en Derecho. Llama la atención que muchos naturalistas españoles de

“Como presidente de la JAE, Bolívar mejoró sensiblemente las condiciones del museo al conceder recursos para mantener los laboratorios, adquirir colecciones y emprender estudios científicos, y lo más importante, conseguir al fin en 1910 una sede digna”

la época también optaran por esta última carrera, quizás para asegurarse el porvenir en un país en el que se valora poco la ciencia.

Entre los años 1867 y 1870 entra en contacto con el Museo y con el Real Jardín Botánico, donde se cursaban muchas de las asignaturas de la Sección de Naturales de la Facultad de Ciencias. Siendo aún estudiante, en 1871, fue uno de los 14 socios fundadores de la Sociedad Española de Historia Natural; de su grado de compromiso da fe el que fuera nombrado vicesecretario de la misma. Su afición por la entomología y, particularmente por los ortópteros (saltamontes, langostas, grillos...), le llevó a especializarse en este grupo, en el que llegó a ser uno de los mayores expertos mundiales.

Por aquel entonces trabajaba de voluntario en el Museo y en 1875 obtuvo una plaza de ayudante de Zoología, ocupándose resueltamente de incrementar y revisar las colecciones entomológicas,

en una época en la que el Museo atravesaba una situación de abandono y decadencia. Solo dos años después, en 1877, ingresó por oposición como catedrático de Animales Articulados (Artrópodos) de la Universidad Central de Madrid, donde desarrollaría su labor docente durante cuarenta y tres años, hasta su jubilación, convirtiéndose en maestro de maestros.

“Fue uno de los 14 socios fundadores de la Sociedad Española de Historia Natural. Su afición por los ortópteros (saltamontes, langostas, grillos) le convirtió en uno de los mayores expertos mundiales de este grupo”

Hay que recordar que en aquella época la Facultad de Ciencias y el Museo estaban estrechamente unidos, de modo que este último estaba gobernado por una Junta de profesores, presidida por el rector de la Universidad. Su ingreso en la citada junta, le permitió participar activamente en la gestión del Museo, así como mejorar las colecciones de entomología y demás artrópodos, que estaban a su cargo.

Pero el interés de Bolívar iba más allá de las colecciones: lo que le preocupaba era la ciencia, la buena ciencia. Y esa, difícilmente podía hacerse sin una buena biblioteca, con libros modernos, donde





pudiera actualizarse el conocimiento. Nunca dejó de pelear por obtener los libros necesarios para avanzar, como tampoco de alentar a sus alumnos y discípulos a publicar trabajos de interés científico.

Siempre tuvo muy presente la importancia de la educación, no solo como docente, sino también como miembro del Consejo de Instrucción Pública, al que el Ministro había encargado que redactase el proyecto de reforma de la Facultad de Ciencias. Para Bolívar era fundamental que los

“A Bolívar le preocupaba la buena ciencia. Nunca dejó de pelear por obtener los libros que necesitaba para avanzar, como tampoco de alentar a sus alumnos y discípulos a publicar trabajos de interés científico”

catedráticos de Historia Natural, tanto de universidades como de institutos, no se limitasen exclusivamente a impartir nociones teóricas, sino que consideraba muy importante que incluyesen también demostraciones prácticas y salidas al campo.

Un hecho doloroso y humillante para la ciencia de nuestro país fue el traslado urgente e ineludible del Museo, desde su sede en el Palacio de Goyeneche, al recién terminado Palacio de Biblioteca y Museos, hoy Biblioteca Nacional, mediante una Real Orden de 1895. No se trataba de



Izquierda) Traslado del elefante africano desde el Real Jardín Botánico hasta el MNCN por el Paseo de la Castellana. Sig.ACN004/002/08912.Archivo MNCN. Derecha) Llegada del elefante africano al MNCN. Álbum Taxidermia, 151.Archivo MNCN.



“La Guerra Civil lo cambió todo. En otoño de 1936, a pesar de los bombardeos, el MNCN continuaba con su actividad científica, pero la situación se volvió insostenible y Bolívar terminó exiliado en México”

Ignacio Bolívar retratado en la página 8 del álbum de entomología del MNCN.

la búsqueda de una ubicación mejor para el Museo, sino de un desahucio, ya que el Ministerio de Hacienda necesitaba espacio. Fueron inútiles las protestas de la Sociedad de Historia Natural, del mismo Bolívar y de muchas personas influyentes de la época. A pesar de que el edificio era magnífico y estaba muy bien situado, en el paseo de Recoletos, al Museo se le concedieron los bajos, en un sótano oscuro y húmedo, que no sólo no era adecuado para salas de exposición, sino que tampoco disponía de espacio para despachos y otras dependencias.

Pero el trabajo tenía que continuar y el 2 de julio de 1901 nombraron a Bolívar director del museo. Éste se volcó en hacer resurgir al Museo y en suplir, en la medida de lo posible, sus carencias. Consiguió que le cedieran algunas salas en la planta baja y en mayo de 1902, coincidiendo con los fastos que se organizaron con motivo de la coronación de Alfonso XIII, se celebró una fiesta académica con la que se inauguró esta nueva sede del Museo. Finalmente, abrió al público después de más de seis años de clausura.



Registro de entrada de Ignacio Bolívar en México, 21 de noviembre de 1939. Fuente: Archivo Histórico del Colegio de México.

Además de sus incontables excursiones al campo, ya fuera para coleccionar, para investigar o para enseñar, en el verano de 1905 emprendió un viaje algo más largo de lo habitual. Quería conocer de primera mano los museos más importantes de Europa para establecer fructíferas relaciones con ellos, para lo cual visitó los museos de Francia, Bélgica, Suiza, Inglaterra y Alemania.

Bolívar fue un firme partidario de la teoría de la evolución y siempre estuvo dispuesto a divulgarla. Resulta curioso recordar cómo en 1876, en una carta al eminente profesor de la Universidad alemana de Jena, Ernst Haeckel, le comentaba: “los ortópteros figuran sin duda entre los insectos en los que más pruebas se pueden realizar en pro del transformismo y no creo que pueda existir un solo ortopterólogo que no sea partidario de la evolución”. En consonancia con su pensamiento, representó a España en los actos de homenaje a Darwin que se celebraron en Cambridge en junio de 1909.



“En 1928 la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales le concedió la medalla Echegaray y cuando superaba los 80 años ocupó la silla F de la Real Academia de la Lengua”

La creación en enero de 1907 de la Junta para Ampliación de Estudios (JAE) puede considerarse un hito en la historia de la ciencia y la cultura científica de nuestro país. Santiago Ramón y Cajal sería su primer presidente y Bolívar sería primero vocal, después vicepresidente y finalmente, cuando falleció Cajal, presidente. La JAE permitió mejorar sensiblemente las condiciones del Museo al conceder recursos para mantener los laboratorios, adquirir colecciones y aparatos, y emprender estudios científicos. Y lo más importante, conseguir al fin en 1910 una sede digna, al trasladarse al Palacio de las Artes y de la Industria que sigue siendo la sede actual.

Su voluntad de convertir el Museo en un centro de investigación y cultura científica pasaba por impulsar la investigación original en sus laboratorios, aprovechando los conocimientos traídos por los pensionados de la JAE, así como promover la publicación de los resultados en la revista “Trabajos del Museo” con la intención de compendiar la Flora y la Fauna de la Península Ibérica. Además, en su discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Na-

Homenaje a Bolívar



El 30 de enero de 2019, en un acto celebrado en la Real Academia, se procedió a la devolución simbólica de los diplomas de Académico Numerario, a fin de reparar los agravios que sufrieron estos académicos históricos. El acto estuvo presidido por la Vicepresidenta del Gobierno y en él participaron el Ministro de Ciencia, Innovación y Universidades, así como antiguos Ministros de Educación y Ciencia.

Antonio Bolívar Goyanes, quien se trasladó desde México para asistir al evento, recogió el diploma de Ignacio Bolívar, aprovechando el acto para devolver, con 75 años de retraso, la medalla de académico de su abuelo, como marca el protocolo decimonónico de la institución tras un fallecimiento.

España tenía una deuda especial con Ignacio Bolívar y otros seis miembros de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales por los agravios que sufrieron durante la Dictadura de Franco. En una resolución del Consejo de Ministros del 21 de diciembre de 2018, se adoptó el acuerdo por el que se reconoce el carácter injusto y se declara la ilegitimidad de las sanciones impuestas a los académicos represaliados al inicio de la Dictadura: Blas Cabrera, Honorato de Castro, Pedro Carrasco, Enrique Hauser, Emilio Herrera y Enrique Moles, además del propio Bolívar.

turales en 1915, aprovechó para congratularse de que el Museo hubiese recuperado finalmente su carácter “nacional” para dejar de estar al servicio de una facultad o universidad determinada.

Algo a lo que daba gran importancia eran las exposiciones. Las concebía como un instrumento esencial para transmitir la cultura científica, lo

que le llevó a emprender un ambicioso proyecto de renovación con el que quería situar al museo madrileño a la altura de los mejores museos de Europa. Para eso necesitaba animales naturalizados que cautivaran al gran público, formando grupos naturales que recrearan fielmente su ambiente. En aquellas fechas se crearon los primeros



Ignacio Bolívar. / Página 9 del álbum de entomología del MNCN. Archivo MNCN.

“La revista Ciencia fue el marco que permitió que los científicos exiliados de la Guerra Civil pudieran continuar sus investigaciones y colaboraran con colegas de todo el mundo”

Parques Nacionales y la preocupación por la conservación ganaba adeptos. Era el momento idóneo para ofrecer la mejor imagen de nuestra fauna y con ella atraer visitantes, para lo cual contó con la inestimable ayuda de los hermanos José María y Luis Benedito, autores de los mejores dioramas del Museo, auténticas obras maestras de la taxidermia mundial.

Su espíritu incansable le llevó a la creación de la revista *Eos, Revista Española de Entomología*, bajo los auspicios de la JAE. Su primer fascículo apareció en marzo de 1925, y de sus cinco artículos dos eran de prestigiosos entomólogos europeos. La publicación de colaboraciones extranjeras fue habitual en la revista y mostraban la importancia de la entomología española. La revista se publicó hasta 1994, año en que el CSIC la suprimió junto a otras muchas revistas científicas por cuestiones económicas.

En 1928 la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales le concedió la medalla Echegaray, la más alta distinción académica que habían recibido científicos de la talla de Cajal o Torres Quevedo. Ese mismo año, la Sociedad Española de Historia Natural le homenajeó con un tomo especial de memorias científicas y después sus discípulos y admiradores encargaron una medalla conmemorativa con su efigie, que acuñó el escultor Miguel Blay, uno de cuyos ejemplares se conserva en el Museo del Prado.

Bolívar también fue miembro de Real Academia de la Lengua, cuando ya superaba los 80 años. La RAE había decidido nombrarle académico por sus grandes méritos como naturalista y por ser miembro de numerosas instituciones académicas de todo el mundo, a fin de que renovase los términos científicos del Diccionario. Tomó posesión el 18 de enero 1931 con el discurso titulado “El lenguaje de la Historia Natural” y pasaría a ocupar la silla F. Cuatro años después, el 22 junio de 1935, fue designado nuevo presidente de la JAE.

El VI Congreso Internacional de Entomología, que se celebró en septiembre de 1935 y cuyo comité organizador estaba presidido por Bolívar, fue el último gran acto en España del viejo profesor. Este congreso constituyó un hito en la historia de la zoología





“Algunos hombres son hombres de una ciudad. Otros son hombres de un país. Muy pocos en esta vida son hombres del mundo entero. Ignacio Bolívar fue uno de estos últimos”
Arthur C. Backer.

de nuestro país y al mismo asistieron los entomólogos más destacados de la época.

Un año después la Guerra Civil lo cambió todo... El gran biólogo evolutivo J. B. S. Haldane comentaba en la revista *Nature* su estancia en Madrid en el otoño de 1936, relatando cómo a pesar de los bombardeos el Museo seguía con su actividad científica en disciplinas como la genética. Finalmente, la situación se volvió insostenible e Ignacio Bolívar tuvo que exiliarse, como otros muchos españoles.

A bordo del vapor Monterrey llegaba a Veracruz, el 26 de julio de 1939, un Bolívar ya muy anciano, apenas le faltaban tres meses para cumplir 89 años. Con él viajaba su familia, al frente de la cual estaba su hijo Cándido Bolívar Pieltáin (1897-1976), un excelente entomólogo que había encontrado trabajo en México.

A pesar de los avatares y de la gran mutación que se había producido en su vida, el viejo Bolívar seguía siendo el de siempre. Las conversaciones de don Ignacio con su hijo Cándido y con los naturalistas refugiados en México alumbraron una nueva revista. El 1 de marzo de 1940 aparecía el



Medalla encargada por los discípulos y admiradores de Ignacio Bolívar como recuerdo del premio Echegaray que la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales le había concedido en 1928.



Ignacio Bolívar en su despacho con el secretario del Museo. Sig. ACN004/002/08938. Archivo MNCN.

primer número de *Ciencia: revista hispano-americana de ciencias puras y aplicadas*. Llama la atención que, en la presentación de la revista, Ignacio Bolívar aún firmaba como director del Museo Nacional de Ciencias Naturales de Madrid.

Tanto él como la propia revista se convirtieron en referentes simbólicos del exilio científico republicano. La revista *Ciencia* fue el marco que permitió que los científicos exiliados de la Guerra Civil pudieran continuar sus investigaciones, mientras publicaban numerosos artículos y colaboraban con científicos de casi todo el mundo.

Pero su tiempo se acababa... el 19 de noviembre de 1944 don Ignacio fallecía en México. El entomólogo ruso-británico Boris P. Uvarov, recordaría años más tarde en la revista *Nature* su energía, nobleza y valía científica, reconocida por las Sociedades Entomológicas de Londres, Bélgica y Praga- en la Sociedad Zoológica de Londres como uno de los 25 miembros extranjeros- y doctorado *honoris causa* por la Universidad de Pittsburgh. En su necrológica en la revista *Ciencia*, el entomólogo estadounidense Arthur C. Baker escribía: “Algunos hombres son hombres de una ciudad. Otros son hombres de un país. Muy pocos en esta vida son hombres del mundo entero. Ignacio Bolívar fue uno de estos últimos.”

Sin duda Bolívar perteneció a esa “generación de sabios o de la Restauración” de la que hablaba el historiador y ensayista Pedro Laín Entralgo, que agrupaba a hombres nacidos en torno a 1850 que aprovecharon una época de paz interior y libertad en la vida pública española para investigar y crear. Para recordarle, qué mejor que releer el pequeño párrafo que le dedicó Antonio en su Juan de Mairena “... insigne Bolívar, cazando saltamontes a sus setenta años, con general asombro de las águilas, los buitres y los alcotanes de la cordillera carpetovetónica...” ■

